

EL CONTEMPORANEÍSMO ESPAÑOL ENTRE LA CIENCIA Y LA POLÍTICA (1939-2000)

ANTONIO MANUEL MORAL RONCAL

Universidad de Alcalá

antonio_moral_roncal@hotmail.com

RESUMEN: En nuestros días continúan existiendo críticas y recelos sobre la labor investigadora de los historiadores en España, debido a la utilización de la historia en el combate político. Los nacionalismos huyen hacia el pasado y lo utilizan como depósito de agravios con que encienden la pasión separadora. La historia pesa en nuestra nación porque el presente político lo manipula. ¿Ha sido así siempre? En este artículo se repasa la evolución historiográfica del contemporaneísmo hispano en la segunda mitad del siglo XX, para averiguar cómo ha evolucionado la ciencia con el lastre del condicionamiento político.

PALABRAS CLAVE: Historiografía – Política – Nacionalismos – Memoria Histórica – España – siglo XX

ABSTRACT: Today there are still misgivings about the reviews and research work of historians in Spain, due to the use of history in political combat. Nationalism fleeing into the past and use it as a store of grievances with the separating firing passion. History weighs on our nation because it manipulates the political present. Have you been so long? This article discusses the historiographical evolution of the research in contemporary history in the second half of the twentieth century, to find out how science has evolved with ballast political conditions.

KEY WORDS: Historiography – Policy – Nationalism – Memoria Histórica – Spain – XX century

Antonio Moral Roncal es Profesor titular de Historia Contemporánea de la Universidad de Alcalá y académico correspondiente de la Real Academia de la Historia. Ha sido Vicedecano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Alcalá de Henares. Doctor en Historia por la Universidad Autónoma de Madrid, Premio Extraordinario de Licenciatura (1994), Premio Campomanes de Investigación Histórica (1990 y 1992) y Premio Internacional Luis Hernando de Larramendi de Historia del Carlismo (1999). Su calidad como investigador científico quedó acreditada por su inclusión en el programa I3 del Ministerio de Educación y la Consejería de Educación de la CAM en 2006. Sus principales campos de investigación son el estudio del carlismo y del asilo diplomático y consular durante la Guerra Civil. Entre sus más de sesenta publicaciones destacan Carlos V de Borbón (1999), El asilo diplomático en la Guerra Civil Española (2001), Diplomacia, humanitarismo y espionaje (2008), La cuestión religiosa en la II República. Iglesia y carlismo (2009). Es coordinador del Grupo de Investigación en Historia Política de la España Contemporánea de la Universidad de Alcalá.

INTRODUCCIÓN

Desde los tiempos más remotos, la historia ha sido concebida como un medio de legitimación del poder y, por ello, se ha intentado reajustarla y escribirla a conveniencia. En la época contemporánea se entremezclan la historia providencial y la historia nacional, aunque con el ascenso de los nacionalismos ha cobrado más fuerza ésta última, plena de maniqueísmos, recortes y silencios conscientes. Las verdades que proclama la ideología nacionalista no son racionales, puesto que son dogmas. Su fuerza no está en las ideas sino en las creencias y en los mitos. Su visión del pasado y las imágenes que proyecta en el presente son inmunes a la crítica porque componen un relato, no un razonamiento. Una historia manipulada que prolifera, que se multiplica en historias generacionales e individuales. Que esta historia no se corresponda con la realidad no resulta ser un obstáculo para que sus publicistas -dotados de imaginación como de amplio apoyo económico- terminen por suplantarla, imponiendo sus tesis en el sistema educativo. Así se explica, en parte, la situación catalana en 2014, puesto que el pasado pesa tanto en España porque el presente lo manipula. Por otra parte, como señaló Fernando García de Cortázar, el proyecto político-cultural llamado Memoria Histórica no puede desligarse de un sentimiento político: la derrota estimula más la conciencia reivindicativa que la victoria; la ventaja del perdedor es su facultad de seducción y su capacidad para generar mitos¹. Entonces, ¿resulta posible desligar el conocimiento del pasado del peso del presentismo político? Analicemos la evolución del contemporaneísmo español, entre la ciencia y la política, en la segunda mitad del siglo XX.

LAS ESCUELAS HISTORIOGRÁFICAS DURANTE EL FRANQUISMO

Al igual que en otras especialidades de la investigación histórica, el contemporaneísmo español, desde 1939, estuvo marcado, en primer lugar, por la división del mundo cultural y científico español, consecuencia de la Guerra Civil: los intelectuales e historiadores que permanecieron en España y aquellos que optaron por el exilio. En segundo lugar, por la herencia de años anteriores al conflicto, puesto que la ruptura de la historiografía de los años 40 con el pasado no fue total. Hubo una corriente definida por un compromiso partidista y por el apriorismo unilateral del primer franquismo. Como ejemplo cabe recordar la obra de Eduardo Aunós, *Itinerario histórico de la España contemporánea (1808-1936)*, publicada en Barcelona en 1940, la cual fue, en síntesis, una apología de la visión histórica de Menéndez Pelayo con una dura crítica al liberalismo.

¹ Fernando García de Cortázar, "La manipulación de la Historia", *El noticiero de las ideas*, 27 (julio-septiembre de 2006), p. 46-55.

Paralelamente, el tradicionalismo antiliberal campeó en muchas obras, apreciándose la historia del siglo XIX y XX como una etapa de decadencia frente a la época imperial (ss. XV-XVIII), fomentándose, por lo tanto, la Historia Política y la biografía de ese periodo de la Historia de España.

Los nuevos y jóvenes catedráticos fueron personas leales al régimen, provenientes de la familia falangista o de la llamada corriente nacionalcatólica. Subsistieron, no obstante, algunos historiadores formados en los años anteriores a la guerra, que aceptaron pragmáticamente el franquismo y se sometieron a sus reglas de juego, como Luis García de Valdeavellano. Sin embargo, no desaparecieron los criterios científicos, pero estos quedaron en gran medida supeditados a las recomendaciones, afinidades ideológicas y presiones de las camarillas del nuevo Estado. El modelo historiográfico se estructuró sobre la solidaridad de los camaradas, la creación de redes de confianza universitaria basadas en las vinculaciones ideológicas y la voluntad de controlar la investigación científica desde la política. Circunstancias que, desgraciadamente, todavía se mantienen en algunas universidades y centros de investigación, pese a vivir en un régimen democrático.

En estos años de posguerra destacó la obra historiográfica de Luis Díez del Corral, Julio Caro Baroja, Melchor Fernández Almagro² -adversario intelectual de los seguidores de Menéndez Pelayo- y de un historiador monárquico y católico, Jesús Pabón, interesado en estudiar el papel de la Revolución en la Edad Contemporánea -tanto la francesa como la rusa y la norteamericana-, además de la evolución política del país vecino, Portugal, por sus posibles influencias y paralelismos con España³. En su obra trató de superar lo nacional y corraleño por el interés internacional y cosmopolita. Su biografía del político catalanista Cambó -casi 2.000 páginas en varios volúmenes- constituyó un serio intento de reconstruir la historia de la monarquía alfonsina y la Segunda República a través de esa figura política -polémica en el franquismo-, constituyendo un auténtico órdago historiográfico. Como ha señalado Cuenca Toribio, "la obra paboniana vino a testimoniar las virtualidades de una historia humanista y académica, esto es, realizada desde postulados de comprensión y rigor. También, como en muchos autores de su generación, templada en un acendrado espíritu liberal que pronto iba a desaparecer de la atmósfera y usos de la vida intelectual española"⁴.

2 Destacan sus obras *La emancipación de América y su reflejo en la conciencia española*, Madrid: tip. de Silverio Aguirre, 1944; *Por qué cayó Alfonso XIII*, Madrid: editorial Ambos Mundos, 1948; *Cánovas, su vida y su política*, Madrid: editorial Ambos Mundos, 1951; *Historia Política de la España contemporánea*, Madrid: Alianza editorial, 1968.

3 A comienzos del siglo XXI fue reeditada su obra Jesús PABÓN, *Las ideas y el sistema napoleónicos*, Bilbao: Urgoiti ediciones, 2003.

4 José Manuel CUENCA TORIBIO, "La historiografía sobre la Edad Contemporánea", en José ANDRÉS-GALLEGO (coord.), *Historia de la historiografía española*, Madrid: Ediciones Encuentro, 1999, p. 203.

Al comenzar la década de los años 50, en pleno ecuador del régimen franquista, comenzó a producirse la entrada de la influencia de la Escuela de Annales a través de la obra del modernista Jaume Vicens Vives, que influyó en algunos de sus discípulos que se vieron atraídos por el estudio de la investigación en la Edad Contemporánea. Esa apertura a partir de los años 50 y 60 se caracterizó por

- La ruptura del aislamiento informativo de posguerra: comenzaron a recibirse las nuevas ideas, métodos y objetivos de la historiografía francesa y, en menor medida, de la británica⁵. Entre 1955 y 1960, la fundación de revistas, la renovación y ampliación del mercado editorial, con empresas como las barcelonesas Seix Barral y Ariel, o las madrileñas Taurus, Tecnos o Guadarrama impulsaron la recuperación de la obra de exiliados y la europeización de la cultura española. A través de ellas llegó el materialismo histórico y las principales corrientes de moda de las ciencias sociales.
- Se introdujeron novedades en los estudios históricos como la demografía, la estadística, la sociología y la economía, siguiendo los postulados de Annales. Paralelamente, comenzó a impulsarse la Historia Contemporánea frente a la predilección oficial por las Edades Antigua, Media y Moderna, y nuevos objetos de investigación: la historia de la economía, las mentalidades sociales, la historia regional, articulándose una historia del siglo XIX y una primitiva Historia Social contemporánea.
- Se produjo una recuperación de la tradición historiográfica liberal. Se originó una aspiración voluntariosa de un reducido número de historiadores a la identificación profesional con el pasado de la preguerra, citando a sus maestros y obras anteriores a 1936.
- Se realizó una “reconciliación intelectual” entre personalidades de las dos Españas interiores (no la del exilio) en la Real Academia de la Historia, en la década de los años 60, cuando ingresaron tanto ese tipo de historiadores como aquellos que, franquistas desde los orígenes del régimen, comenzaron a variar sus planteamientos y a vincularse con los historiadores de la Restauración.

Pero fue la entrada de marxismo y del materialismo histórico el hecho que marcó ya una clara ruptura con los veinte primeros años del régimen, como consecuencia del choque generacional entre esos historiadores liberales y sus becarios: caso de Vicens Vives y Josep Fontana, o Carlos Seco Serrano y Borja de Riquer. Se trató de un reducido número de doctorandos o becarios que

⁵ José Manuel CUENCA TORIBIO, “La influencia de la historiografía francesa sobre la española de la segunda mitad del siglo XX (Edades Moderna y Contemporánea)”, en Domingo L. GONZÁLEZ LOPO y Roberto LÓPEZ LÓPEZ (coord.), *Balace de la historiografía modernista: 1973-2001 : Actas del VI Coloquio de Metodología Histórica Aplicada (Homenaje al profesor Antonio Eiras Roel), celebrado en Santiago de Compostela, del 25 al 27 de octubre de 2001*, Santiago: Universidad, 2003, p. 369-392.

logró salir de España y viajar a Francia, donde recibieron la influencia de la escuela de Annales pero sobre todo del materialismo histórico. En torno al Centro de Investigaciones Hispánicas de Pau y a la figura de Manuel Tuñón de Lara se reunieron en los “coloquios de Pau” hasta 1979. Allí se conocieron y se formaron redes de complicidad y ayuda mutua, muy útiles para la conquista de puestos universitarios en España a su vuelta. Qué duda cabe que en esta generación de historiadores marxistas no se puede separar su trayectoria historiográfica de su compromiso político: fueron antifranquistas, intentaron rehabilitar a los historiadores del exilio en centros europeos o americanos; fueron marxistas en plena euforia marxista de la década de los años 60 en Europa Occidental y muchos de ellos fueron comunistas en cuanto que el PCE semejó ser el único partido organizado en la lucha antifranquista. Si bien reconocieron la labor de sus maestros liberales, no se alinearon con sus planteamientos y decidieron dar un paso diferente introduciendo la interpretación marxista de la Historia. Al igual que la historiografía francesa, impulsaron la Historia Social y económica, la historia del movimiento obrero, los métodos cuantitativos... cuestionando los fundamentos de la historia tradicional, escribiendo una historia nacional hecha “desde abajo” por las clases populares⁶.

A partir de 1970, se produjo una rápida escalada y consolidación de los historiadores marxistas en la Universidad española por varias causas, entre ellas:

- Por el crecimiento de la red universitaria española en los años del Milagro Económico español: al haber más puestos docentes, había más posibilidad de lograr alcanzar las ambicionadas cátedras, desde las cuales controlar departamentos y decanatos.
- Aumentaron no sólo las facultades de Letras sino los puestos de historiadores en las Facultades de Ciencias Políticas y Económicas, creándose focos de renovación e investigación en ellas. La apertura metodológica y teórica hacia las Ciencias Sociales favorece la expansión del profesorado especialista en Historia contemporánea.
- Abandono de la producción editorial con un campo de ventas estrecho –elitista- aumentando el número de lectores, al identificarse como libros antifranquistas, propios de una cultura de oposición al régimen que debían leerse casi por compromiso ideológico, como la *Historia de España* de Pierre Vilar. De ahí el aumento de editoriales privadas de izquierda que funcionaron sin subvenciones oficiales, lo que contrastaría con la situación de las siguientes décadas, a partir de los años 80. Lógicamente, el incremento del nivel de vida –eran los años del desarrollo económico español- hizo que

⁶ Sobre la época y esta generación de historiadores resulta útil la lectura de la introducción del volumen Ignacio PEIRÓ y Gonzalo PASAMAR, *Diccionario Akal de historiadores españoles contemporáneos*, Madrid: Akal, 2002, p. 9-29.

también el español medio pudiera comprar esos libros, adquiridos como un acto progresista, no como un simple consumidor aficionado⁷.

- Cambios generacionales: pese a las diferencias entre maestros liberales y discípulos marxistas, lo cierto es que –ante la agotamiento vital de Franco y de su régimen- los primeros decidieron aceptar e incluso impulsar la consolidación de los segundos en la Universidad española, no sólo como una apuesta historiográfica, sino, en muchos casos, para evitar acusaciones de férreo franquismo en un venidero régimen democrático.
- Influencia notable de los hispanistas: míticas fueron las obras de Hugh Thomas sobre la Guerra Civil Española, publicada en 1961; la de Raymond Carr, *España 1808-1936*, editada en 1966. Paralelamente, un elitista grupo de licenciados españoles recibió a fines de los 60 y principios de los 70 una definitiva renovación historiográfica en la Universidad de Oxford: Joaquín Romero Maura, José Varela Ortega y Juan Pablo Fusi, además del sefardí Shlomo Ben-Ami, futuro diplomático del Estado de Israel. La lista de hispanistas no puede olvidar nombres como Stanley Payne, Edward Malefakis y Richard Herr. La obra de Arnold Toynbee continuó publicándose en esas décadas, pero su posicionamiento crítico con el materialismo y el nacionalismo le hizo ser rechazado por los nuevos historiadores⁸.

En medio de ese panorama, cabe señalar que el combate por la Historia continuó, sobreviviendo otras corrientes historiográficas, diferentes a la marxista como los ya citados historiadores que recuperaron la tradición liberal, caso de Miguel Artola, José María Jover, Vicente Palacio Atard y Carlos Seco Serrano, dividiéndose sus discípulos entre el mantenimiento de esa línea humanista y académica, constantemente dinamitada desde posiciones marxistas, y los que decidieron subirse al carro del materialismo histórico. A muchos de ellos se les puede considerar historiadores humanistas, pues, esencialmente, les preocupaba el individuo, aunque no dejaron de sentir la influencia de Annales, como Miguel Artola, impulsor de las investigaciones sobre la crisis del Antiguo Régimen. Jun-

⁷ *Ibidem*, p. 26-27.

⁸ Arnold Toynbee (1889-1975) considerado como uno de los más importantes filósofos de la historia, debido especialmente a sus 12 volúmenes de *A study of History (Estudio de la Historia, 1934-1961)*. Si Marx es el representante de lo económico como motor de la historia, Toynbee sería el representante de lo espiritual. El británico, al igual que otros muchos, se sirvió de las categorías del materialismo en su época, pero negó la existencia de una continua lucha de clases, siempre que los propietarios capitalistas de Marx –que serían la “minoría elitista dirigente” de Toynbee– no se convirtiesen en oligarquía represora que negase las respuestas a los estímulos. Pero la crítica más importante que recibió Toynbee, no sólo durante su vida sino también en la posteridad de su obra, fue el declarar al nacionalismo uno de los mayores enemigos de cualquier civilización de la historia. Para Toynbee, la nación, y con ella el nacionalismo, era “el fermento agrio del nuevo vino de la democracia en las botellas del tribalismo”, un concepto duramente criticado por quienes se negaron a admitir la importancia de esta ideología en las Guerras Mundiales. En la España de 2014 la lectura de sus tesis debería debatirse en muchas universidades.

to a ellos, los historiadores franquistas fueron desapareciendo biológicamente, abandonando la Universidad y sin casi discípulos que se atrevieran a mantener una línea cerrada en torno a la herencia de Menéndez Pelayo. Más prolíficos fueron los historiadores católicos: diversos y no iguales, como demostraron sus trayectorias profesionales. Con notable influencia tradicionalista, destacó en este grupo Federico Suárez Verdeguer, catedrático en varias universidades públicas hasta recalar en la de Navarra, impulsando su facultad de Letras y los estudios sobre el reinado de Fernando VII a partir de los años 50. Uno de sus principales discípulos fue José Luis Comellas, catedrático de la Universidad de Sevilla, cuya obra sobre diversos aspectos del siglo XIX español resultó esencial, estando considerado en la actualidad como el principal humanista español surgido del campo de la Historia, cuyos estudios sobre astronomía y música han sido altamente considerados. Muy diferente, podemos también englobar en este grupo al historiador democristiano Javier Tusell, antifranquista, defensor de la Historia Política y de la biografía, potenciador del departamento de Historia Contemporánea de la UNED. Impulsores de la historia religiosa contemporánea fueron José Manuel Cuenca Toribio, José Andrés Gallego y Manuel Revuelta, añadiéndose los nombres de Vicente Cacho Viu –nauta desde el Opus Dei a la izquierda intelectual- y María Dolores Gómez Molleda, primera catedrática de Historia Contemporánea⁹.

CAMBIOS Y CONTINUIDADES EN EL RÉGIMEN DEMOCRÁTICO

La transición democrática (1975-1978) abrió un nuevo marco político que facilitó las reformas universitarias y la expansión de los historiadores marxistas en todas las áreas y especialidades, llegando su influencia incluso a variar el nombre de los departamentos de Facultades: en alguna universidad el departamento de Historia Antigua pasó a ser el de Sociedades Esclavistas, el de Medieval y Moderna a Sociedades Preindustriales y del de Contemporánea a Sociedades Industriales. Durante ese periodo se intentó sentar las bases de una línea de investigación futura: la historia de las mujeres o de género, que suponía la recuperación del protagonismo de la mitad del mundo conocido. Se estudió la impronta en España de la evolución del movimiento feminista: desde sus orígenes en el siglo XVIII y su supervivencia en el siglo XIX hasta sus triunfos -definidos por espacios geográficos- en la siguiente centuria. Las investigaciones se plantearon si los cambios de género no eran sino la verdadera y única revolución contemporánea ante los estudios sobre la realidad social y

⁹ Sobre la época franquista me remito al estudio clave en la evolución de la historiografía española como es la obra colectiva José ANDRÉS-GALLEGO y otros, *Historia de la historiografía española*, Madrid: Ediciones Encuentro, 1999.

política de las mujeres frente al modelo imperante. Se estudiaron los avances y retrocesos del feminismo laico, las consecuencias de la entrada masiva de la mujer en el mundo laboral asalariado, etc. Paralelamente, los contemporaneístas dejaron de prestar atención a la crisis del Antiguo Régimen en España para centrarse en el estudio crítico del franquismo¹⁰. Recogiendo el testimonio de Octavio Ruiz-Manjón, catedrático de la especialidad en las Universidades de Granada y Complutense de Madrid:

“Realmente la presencia de la historia de inspiración marxista era muy fuerte, incluso en algunos momentos podía parecer agobiante en la Universidad. Había que partir siempre de conceptos, por supuesto de demografía, utilizar la demografía y las fuentes de producción, toda esa terminología que había popularizado la escuela de Annales... estaba muy presente en todo, en las clases y en todo. (...) Si es verdad que en algunos casos una historia tan comprometida y tan de batalla, tan militante, nos parecía que no explicaba mucho”¹¹.

Mientras esto ocurría en España, paralelamente se puso en evidencia en Europa la crisis de la escuela de Annales y el estructuralismo, llegando a las fronteras del marxismo. Las críticas fueron tanto endógenas -provinieron de historiadores de esas escuelas interesados en su renovación- como exógenas, puesto que historiadores anglosajones pusieron de relieve las grandes contradicciones internas de la New History, como Gertrude Himmelfarb, John Vincent y Geoffrey Elton¹². Su primera crítica fue la ausencia de un tratamiento detenido y fructífero de la temática política; su segunda, la necesidad de un procedimiento más cuidadoso de la expresión y comunicación. Se reivindicó las cualidades narrativas de la vieja historia, pero su postura no supuso el rechazo de todo lo anterior, pues ni la Historia Política debía ser investigada como en el siglo XIX ni la importancia de la narrativa radicaba en

10 Así lo señala José Manuel CUENCA TORIBIO, “La historiografía sobre la Edad Contemporánea”, en José ANDRÉS-GALLEGO (coord.), *Historia de la historiografía española*, Madrid: Ediciones Encuentro, 1999, p. 266.

11 Rafael QUIROSA, “La experiencia de un historiador. Conversación con Octavio Ruiz-Manjón”, *Historia del Presente*, 22 (2014), p. 89.

12 Gertrude Himmelfarb es historiadora norteamericana, especializada en época victoriana, escribió *The New and the old history* en 1987; F. Elton es historiador británico, especializado en periodo Tudor de Inglaterra y J. Vincent, catedrático de Historia de la Universidad de Bristol y visitante de la de East Anglia, es autor de una interesante obra, clave para el estudio de las tendencias historiográficas contemporáneas, titulada *Introducción a la historia para gente inteligente*, publicada en 1995, versión española editada por Actas en 2013.

una mera pretensión de escribir buenos relatos. Una tercera crítica se centró en el excesivo determinismo del marxismo: los estudios históricos se realizaban sólo para confirmar una visión de la historia del hombre premeditada. Por ello, paralelamente, denunciaron el peligro del determinismo científico: la obsesión por considerar “ciencia” a la Historia había hecho que se aplicara el método de las ciencias puras a la investigación histórica (hipótesis, experimentación, resultados), lo cual no había sido adecuado para el campo de las humanidades. No se buscó, sin embargo, un nuevo paradigma que contraponer a los criticados, por lo que su crítica impulsó la existencia posterior de un conjunto de corrientes, metodologías y temáticas que evidenciaron una crisis de paradigmas y a los que trascendió una búsqueda de nuevos modelos de investigación y de comunicación expositiva.

En consecuencia, en las universidades y centros de investigación del mundo occidental se abrió una nueva etapa caracterizada por:

- La recuperación de la dimensión política: así, los historiadores de lo político en Francia se convirtieron en la vanguardia de la innovación (René Remond, *Pour une histoire politique*, 1988). Para ellos no había más “historia total” que la de la participación en la vida política.
- El reconocimiento de los individuos como sujetos activos de la Historia. Frente a interpretaciones deterministas -donde la libertad de elección del hombre era anecdótica frente a las fuerzas sociales imperantes- se recuperó la importancia de las acciones individuales y grupales, la fuerza transformadora de las ideas y de la propia voluntad humana.
- La insatisfacción ante las explicaciones basadas en modelos prestados de la economía, la demografía y la sociología. Se recuperó el papel de sujeto en la Historia frente a visiones deterministas y matemáticas. No se trató de realizar una historia del individuo sino una historia del hombre en sociedad, con su complejidad, contradicciones, logros y desgracias.
- Se reivindicó la narrativa como la forma esencial y característica de la transmisión del quehacer histórico: el hecho es fruto de la búsqueda de fórmulas comunicativas que tuvieron una mayor facilidad de divulgación y proporcionarían más satisfacción al lector (amenidad).
- Revalorización de la antropología: el interés por la mentalidad y el individuo supuso también que la economía y la sociología no fueran ya las ciencias sociales más influyentes en la historia¹³.

Lawrence Stone, profesor de la Universidad de Princeton, destacó cinco diferencias entre estos nuevos historiadores y los academicistas del siglo XIX:

¹³ Ignacio OLÁBARRI GORTÁZAR, Valentín VÁZQUEZ DE PRADA, Alfredo FLORISTÁN IMÍZCOZ, *La historiografía en Occidente desde 1945: actitudes, tendencias y problemas metodológicos : actas de las III Conversaciones Internacionales de Historia : Universidad de Navarra (Pamplona, 5-7 abril 1984)*, Pamplona: EUNSA, 1985.

- Los primeros se interesan por las vidas, sentimientos y conducta de la gente pobre y oscura, no por la de las clases altas, los hombres poderosos.
- A la hora de escribir historia, combinan la descripción con el análisis.
- Utilizan nuevas fuentes (archivos de protocolos notariales, films, documentos sonoros...).
- Manejan nuevos modelos narrativos, exploran el subconsciente en lugar de apearse a los simples hechos e intentan descubrir significados simbólicos a través de la conducta (por influencia de la antropología).
- Analizan la historia de una persona, un proceso o un episodio por la luz que puede arrojar sobre el funcionamiento interno de una cultura y una sociedad en el pasado¹⁴.

No obstante, Stone también denunció el peligro del historiador por competir con la literatura, recopilando una serie de casos más o menos interesantes, pero a partir de los cuales no se podía generalizar. Además el intento de exponer más adecuadamente los estudios históricos no resultaba incompatible con las aportaciones cuantitativas, que si bien no ofrecían la respuesta definitiva, resultaban ser un instrumento valioso. Eric Hobsbawm, historiador marxista, no estuvo de acuerdo y respondió a Stone basándose en dos conceptos: los acontecimientos y los individuos no resultaban ser fines en sí mismos, sino medios de aclarar una cuestión más general, que iba mucho más allá de la historia particular y de sus grandes personajes. Asimismo, defendió la necesidad de seguir respondiendo a los grandes “por qué” de la Historia, sin renunciar a miradas microscópicas. La polémica Stone-Hobsbawm fue publicada en España, en 1982, en el número 4 de la revista *Debats*.

Las nuevas propuestas que se estaban realizando en el extranjero llegarían paulatinamente, y con serias resistencias, a los departamentos de Historia Contemporánea¹⁵. En la Universidad de Navarra, Gonzalo Redondo se esforzaba por divulgar los aportes de la obra historiográfica de Christopher Dawson (1889-1970), cuyas reflexiones -especialmente *Dinámicas de la Historia del Mundo* (1957) y *La Crisis de la educación occidental* (1959)-, partieron de una crítica a las escatologías intramundanas o inmanentes, encaminándose hacia el desarrollo de una concepción abierta de la Historia, fundada en una voluntad libre pero dotada de sentido, y de sentido trascendente. Esta concepción impregna también las ideas de civilización, cultura y sociedad en Dawson. Su antropología o visión del hombre, empapada de agustinismo, presente en éste, en todo momento, su esencial condición de *capax Dei*. La religión -será una de

¹⁴ Desarrolladas en su libro Lawrence STONE, *La historia. Presente y Pasado*, México: Fondo de Cultura Económica, 1988. Edición en español de su estudio publicado en 1981.

¹⁵ Ignacio OLÁBARRI GORTÁZAR, “En torno al objeto y carácter de la ciencia histórica”, *Anuario filosófico*, 17-1, (1984), p. 157-162; Antonio MORALES MOYA, “Algunas consideraciones sobre la situación actual de los estudios históricos” en *La(s) otra(s) historia(s)*, 1 (1987) p. 7-92.

sus tesis fundamentales- es la clave de bóveda de la cultura, surgiendo el rasgo diferencial de su pensamiento con las distintas expresiones ideológicas de la historia –como la del **progreso** por ejemplo, que se transforman en sucedáneos de la religión-, las cuales encierran el proyecto humano en concepciones utilitarias o incluso totalitarias, o en todo caso plausibles de manipulación ideológica. La perspectiva postulada por Dawson constituyó en tal sentido una auténtica liberación de la historia y un rescate del valor de la voluntad como capacidad de crear un orden humano enriquecido por la presencia fecunda de la libertad¹⁶.

A partir de 1988, en plena consolidación de la historiografía marxista en los departamentos de Historia Contemporánea de las universidades españolas, se abrió una nueva etapa caracterizada por:

- Las consecuencias de la creación del Estado de las Autonomías y de su red universitaria: supuso la aparición de nuevos centros de investigación y renovación metodológica. Cataluña, que décadas antes había liderado la renovación, no remontó el vuelo producido por sus recorridos e itinerarios habituales, siendo la tentación del provincialismo nacionalista todavía más intensa en el periodo moderno o medieval. Sus historiadores se preocuparon sobre todo de cultivar su identidad, primando sus rasgos diferenciadores con las restantes Comunidades peninsulares, por influencia del nacionalismo local. Como señala Cuenca Toribio, las grandes propuestas e innovaciones que partían de Barcelona en los años 60 y 70 se habían asordinado, desaparecido o trivializado. Lo mismo ocurrió con otras Comunidades: el peligro de una Historia Contemporánea que primaba lo negativo, lo diferenciador, con claras intenciones nacionalista amenazó seriamente la profesionalidad de los historiadores, cuestionándose su validez desde la prensa o desde otras instituciones culturales. La Real Academia de la Historia terminó denunciando la parcialidad y el sesgo político de los programas y manuales de Ciencias Sociales e Historia de algunas Comunidades Autónomas, por lo que fue duramente criticada por sus intelectuales nacionalistas¹⁷. Se llegó a realizar manuales para segundo curso de bachillerato de *Historia*, ¿de qué?, lógicamente “*de España*”, palabra que se obvió en la mayoría de ellos¹⁸. Y es que el silencio es una conocida arma política dentro de la profesión de historiador, conocida por todo el gremio: no citar palabras, no citar el nombre de investigadores y de sus obras tiene el objetivo de condenarles al ostracismo, y

16 Así lo explica Jaime ANTÚNEZ, *Filosofía de la Historia en Christopher Dawson*, Madrid: Encuentro Ediciones, 2007. La defensa de las tesis de Dawson por Redondo es testimoniada en entrevista personal realizada a Javier Paredes, catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Alcalá.

17 En apoyo de la Real Academia de la Historia, uno de los historiadores más internacionales escribió el artículo Henry KAMEN, “Un paseo por la Historia”, *El Mundo*, 18 de julio de 2000, p. 3-4.

18 Fue denunciado este hecho en el número monográfico dedicado a “Los libros de texto en la ESO y Bachillerato” de *Historia Abierta*, 38 (2006), p. I-XVI. Igualmente, en el editorial “Los libros de texto y la Historia: entre la valentía y la manipulación nacionalista”, *Historia Abierta*, 26 (2000), p. I.

si nadie les nombra, no existen, entregándoles al olvido, la indiferencia y el silencio. El historiador italiano Gabriele Ranzato se quejaba recientemente de estas prácticas de la historiografía española: “Para confrontarse conmigo sería mejor que abandonaran la práctica del silencio, de la denigración y de las deformaciones de mis escritos, y aceptaran dialogar en el terreno de un debate historiográfico serio”¹⁹.

- La dispersión comenzó a reinar, acrecentando una tendencia marcada desde hacía años. Se produjo un ensanche de espacios y objetivos que justificó e hizo indicada una honda reflexión teórica que actualizara las metodologías de investigación²⁰. El peso de la influencia política no mermaba, especialmente la de los nacionalismos periféricos: así, en 1988 se fundó la Asociación de Historia Contemporánea con el fin de promover la investigación, la enseñanza y las publicaciones relacionadas con la historia contemporánea. Como señala en su página web, sus objetivos son “facilitar el intercambio de información entre sus asociados, impulsar la realización de encuentros académicos, estimular la preservación de fuentes históricas y establecer acuerdos institucionales con entidades españolas”²¹. Sin embargo, la cercanía entre política y ciencia permaneció: basta señalar que el adjetivo “española” se obvió en el título de la asociación por presión de un importante grupo de contemporaneístas ligados al nacionalismo catalán²². Por otra parte, y a pesar de la democratización universitaria, coexistió una nueva endogamia con viejas prácticas del pasado a la hora de lograr puestos como profesor²³.

- La crisis del comunismo y la caída del muro de Berlín impactaron también entre los historiadores españoles pero de manera más lenta²⁴. Muchos historiadores marxistas se negaron a morir apuntándose al nuevo economismo de Walter Benjamín, mientras otros intelectuales aprovecharon para subrayar las contradicciones del materialismo histórico. Como en otros paí-

19 Gabriele RANZATO, “¿Es posible un auténtico debate historiográfico sobre la historia de la Segunda República y de la Guerra Civil”, *Historia del Presente*, 22 (2013), p. 151-162. Esta revista intenta romper lo que se denuncia en su apartado *Debate*, lo que constituye una esperanza al menos.

20 Ignacio OLÁBARRI GORTÁZAR, “El peso de la historiografía española en el conjunto de la historiografía occidental (1945-1989)”, *Hispania*, vol. 50, nº 175, (1990), p. 417-437.

21 <http://www.ahistcon.org/index.html>

22 No resulta ninguna simpleza este hecho: en España existen la Sociedad Española de Historia de la Arqueología, la Sociedad Española de Estudios Clásicos, una Asociación Española de Egiptología, una Sociedad Española de Estudios Medievales, una Fundación Española de Historia Moderna, incluso una Sociedad Española de Arqueología virtual, pero el adjetivo “español” parece que levanta aristas en la unidad supuesta de nuestro contemporaneísmo.

23 Analizadas por José ANDRÉS-GALLEGO, “Tragar verdades (II): catedráticos de gestión”, *Historia Abierta*, 3 (1990), p. XIV-XVI.

24 Ricardo MARTÍN DE LA GUARDIA, “Consideraciones sobre el nuevo orden mundial después de 1989”, *Historia abierta*, 26 (2000), p. II-VIII.

ses, la historiografía contemporánea o, más bien, sus especialistas se encontraron constreñidos por doquier a enfrentarse con el inmediato pasado con mentalidad de jueces y fiscales, enmascarada a menudo con el concepto de revisión. La politización que arrastraron también fue muy fuerte y limitó los resultados y calidad de sus investigaciones.

- La influencia de los hispanistas continuó siendo notable: los franceses quizá más en el ámbito de la Historia Moderna y los anglosajones en la Historia Contemporánea. José Andrés Gallego dirigió un curso de verano en El Escorial en 1992, titulado *New history, nouvelle histoire. Hacia una Nueva Historia*, centrado en las novedades historiográficas que se estaban produciendo en el extranjero²⁵. Desde el extranjero se fomentó la llamada Historia comparada que generó un amplio debate en España. Ignacio Olábarri contribuyó al mismo esbozando las razones de su debilidad en el ámbito de la ciencia histórica en su artículo “¿Qué historia comparada?”, así como las ventajas, debilidades y problemas del método comparado en nuestra disciplina, prestando especial interés a las cuatro aproximaciones comparativas que el autor consideraba que se empleaban: el análisis histórico-comparativo intensivo de dos o más casos; la comparación de grandes estructuras y procesos amplios; la aproximación comparativa a la historia universal; y la utilización del método comparado como herramienta de trabajo al servicio del historiador, sean cuales sean los objetivos finales de éste²⁶.

- La fundación y creación de Universidades privadas y públicas, como consecuencia del desarrollo autonómico, potenció la creación de nuevos departamentos de Historia Contemporánea. El aumento de la población estudiantil igualmente facilitó un crecimiento del claustro universitario. En consecuencia, aparecieron también posibilidades para que historiadores no ligados a la corriente marxista pudieran desarrollar su labor docente e investigadora en universidades como la Rey Juan Carlos, Francisco de Vitoria, Valladolid, Navarra, San Pablo-CEU...

CAMBIOS EN LA HISTORIA SOCIAL

Como consecuencia de la crisis de la historiografía marxista y la reforma interna de los herederos de la Escuela de Annales se produjo una crisis de la Historia Social y, especialmente, de sus principales objetos de atención preferente:

- Entró en crisis la historia del movimiento obrero, impulsada extraordinariamente en los años centrales del siglo XX. ¿Los trabajadores que no se

25 José ANDRÉS-GALLEGO, *New history, nouvelle histoire. Hacia una Nueva Historia*, Madrid: Editorial Complutense, 1993.

26 Ignacio OLÁBARRI, “¿Qué historia comparada?”, *Studia historica. Historia contemporánea*, 10-11, (1992-1993), p. 33-76.

vinculan a un sindicato no son trabajadores? ¿Se puede explicar los avances en las condiciones laborales sólo por el grado de lucha entre patronos y obreros? ¿Y el papel del Estado en las regulaciones laborales? Se potenció la “historia de las relaciones laborales”, de amplia tradición anglosajona, para la cual el mundo del trabajo es el lugar de encuentro de varios elementos – personas y grupos- que participan en las tareas productivas. Por ello intenta estudiar el conjunto de lazos que ligan a los empresarios con los trabajadores; las relaciones colectivas entre los sindicatos y las empresas u organizaciones empresariales, que no hay que olvidar. Esta línea historiográfica incidió en las relaciones trabajador-empresario, es decir, en aquello que les pone a unos en relación con los otros en constante relación con la sociedad que les rodea. La respuesta marxista se centró en que este tipo de historia defendía un enfoque armónico de la realidad laboral. No es así, pues se puede estudiar también el conflicto cuando es el centro de esa realidad, pero también otros casos en que no lo es. Lo que no se hace es establecer como postulado *a priori* el papel nuclear de la conflictividad. En cambio, tienen razón quienes señalan que el enfoque es poco útil para sociedades en las que no se ha desarrollado un proceso de industrialización y modernización. Para que existan relaciones laborales tiene que haber no sólo sindicatos, sino también unos empresarios organizados y unas relaciones estables entre ambas partes o una evolución de las mismas, modelo que debía haberse aplicado para estudiar el primer cuarto del siglo XX español²⁷.

- Se produjeron menos estudios sobre el “pueblo” entendido como protagonista de las grandes revoluciones del siglo XVIII al XX. Aparecieron investigaciones sobre campesinado contrarrevolucionario y grupos sociales conservadores. Se intentó atomizar más el estudio de las comunidades humanas, potenciando una historia de las costumbres cercana al mundo de las mentalidades, que conoció un notable intento de encontrar esquemas capaces de dar una cierta unidad a un mundo tan complejo y diverso. *Cien años de urbanidad* de Amando de Miguel estudió los manuales de urbanidad de la infancia en la España del siglo XX y su impronta en la vida cotidiana y la mentalidad social; la fiesta, el deporte, los viajes... se convierten en objeto de interés del historiador; se escribió una Historia Social de la fiesta de los toros en España; se analizó el turismo popular y de élites. La *Historia del boxeo* del filósofo Alexis Philonenko intentó demostrar sus aportaciones a la lucha contra el racismo, la capacidad de hombres, poco favorecidos por la vida, que han sabido actuar correctamente no solamente disciplinando

²⁷ Ignacio OLÁBARRI, “Las relaciones de trabajo en la España contemporánea. Historiografía y perspectivas de investigación”, *Anales de Historia contemporánea*, 5 (1986), p. 27-47; *Id.*, “Un punto de vista sobre la Historia Social y sus consecuencias”, *Aportes*, 9 (1988), p. 48-54; *Id.*, ¿*Lucha de clases o conflictos de intereses? Ensayo de historia de las relaciones laborales*, Pamplona: Eunsa, 1991.

su cuerpo y su inteligencia, sino también su corazón²⁸. Relacionada con las costumbre, se revalorizó la historia de los rituales y símbolos para analizar la dominación simbólica de hombres sobre mujeres, de médicos sobre pacientes, de Estado sobre ciudadanos...

- Apareció una nueva historia del cuerpo humano, alejado de la tradición idealista, se contempló como escenario de libertad, como principio emancipador. El cuerpo se analizó como lugar de multiplicidad irreductible, sexuado, en sus diferentes edades: aparecieron estudios sobre fertilidad, sobre el papel social de los idealismos corporales, la rebelión de la mujer y su defensa del disfrute sexual... En *Imperio y sexualidad: la experiencia británica* (1991), Ronald Hyam intentó demostrar como los estereotipos sociales y sexuales surgen acomodándose a la necesidad de preservar intacto el dominio colonial y el prestigio imperial de Gran Bretaña. Vigareggo en *Lo limpio y lo sucio* (1991) expuso una historia de la higiene corporal y su impacto en la construcción social.
- Hasta ese momento se había hecho una Historia Social como historia de las clases sociales, como fruto de la reflexión marxista sobre la lucha de clases, lo cual resultaba una visión incompleta de la realidad social de los siglos anteriores. En su libro sobre la clase trabajadora en Inglaterra, Thompson no presentó una clase social sino un conjunto de hombres y grupos ligados por relaciones profesionales: no eran personas definidas por una conciencia de clase²⁹. Los conceptos de clase y conciencia de clase resultaron claramente inadecuados para describir y explicar la compleja realidad -vidas, odios, solidaridades, actividades políticas- de un grupo de hombres y mujeres. “Todo lo proletario es comunista, todo lo comunista es proletario”: los hechos de Berlín 1953, la revolución fallida de Budapest 1956, Checoslovaquia 1968, Polonia 1980... refutaron la doctrina materialista al rebelarse los trabajadores contra el Partido Comunista.
- Los estudios sobre historia de los marginados revelaron que no era una clase social: eran hombres y mujeres sin familia, vistos como destructores del orden en ocasiones, que no participaban en la relación social ordenada³⁰. La sociedad se forma por medio de exclusiones y ellas han servido para afirmar la cohesión de los grupos y por eso son exclusiones de grupos, como la exclusión del extranjero que pretendía reforzar la cohesión de nación; la exclusión de los vagabundos y desocupados en países protestantes consoli-

28 Alexis PHILONENKO, *Histoire de la boxe*, Paris: Criterion, 1991.

29 Artesanos y pequeños comerciantes, protagonistas de los gremios a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, tampoco tuvieron esa conciencia de clase, como se aprecia en Antonio Manuel MORAL RONCAL, *Gremios e Ilustración en Madrid (1775-1836)*, Madrid: Actas, 1998.

30 “Marginados y marginación en la España moderna”, monográfico de *Historia Abierta*, 42 (2009), p. I-XVI.

dó la identidad social dominante, en donde el trabajo era considerado una obligación incluso religiosa. Resultaba, por lo tanto, necesario estudiar esas exclusiones por variedad de motivos: culturales, sociales, religiosos, políticos... De ahí la necesidad de hacer una *historia de los marginados*, graduando el comportamiento marginal. Estudiando el concepto de criminal se estudiaba asimismo el concepto de ciudadano. Acercándonos a los enfermos, se analiza el comportamiento social de los sanos; estudiando el mundo de las prostitutas, el concepto de mujer honrada, el valor del sexo y la moralidad de una sociedad.

Apareció pues, una nueva Historia Social que se planteó nuevos objetivos y caminos. ¿Procedía ahora estudiar una clase social? No, pero tampoco reducirla a la historia de la lucha entre clase dominante y clase dominada. Resultaba necesario poner de manifiesto la complejidad de las relaciones que había detrás de las clases y grupos. Para acabar con la pobreza, en la Edad Contemporánea, se pensó en una acción política (beneficencia pública, servicios públicos, Estado del Bienestar), entendiéndola como una acción al servicio del ciudadano, no como un simple juego de poder. Por otra parte, frente a la sociedad oficial resultaba necesario al historiador descubrir la sociedad civil: en ocasiones una sociedad civil organizada con el Estado o contra el Estado, con una articulación institucional estatal o al margen del Estado. Por ejemplo, la sociedad polaca oficial en el régimen comunista frente a la no oficial, que logró derribar al Estado comunista o mermarlo al menos durante la década de los años 80. Ello demostró al Estado que podía llegar a tener enfrente una sociedad civil, con su historia y con capacidad para organizarse por sí misma. Esta nueva Historia Social multiplicó los trabajos sobre élites de cualquier tipo: políticas, culturales, económicas; grupos sociales que dado el poder o la influencia que ejercieron, contribuyeron a la acción histórica de una colectividad, ya fuera por las decisiones que tomaron, ya fuera por las ideas, los sentimientos o las emociones que expresaron o simbolizaron.

Como consecuencia de la vuelta al individuo, se produjo una revalorización de la biografía, un género defendido siempre por historiadores liberales, y denostado por los marxistas. Eso sí, no se trató de una vuelta a la biografía tal y como se escribía en el siglo XIX. A través de una acción individual se pretendía comprender el acontecimiento y el proceso histórico en el que estaba inmerso el personaje, cuya acción tenía trascendencia sobre los mismos. Se biografizó a los monarcas, los políticos, los artistas pero también a ciertos líderes obreros, trabajadores agrarios, sacerdotes, inventores... Por otra parte, a la hora de estudiar al conjunto de individuos los marxistas lo acotaban al concepto de "clase social". Ahora se intentó salir de ese corsé, por lo que se impulsó la historia de las mentalidades en las aulas universitarias, es decir, el estudio de las ideas, los sentimientos, los valores y la memoria. Derivado de ello, se desarrolló la histo-

ria de las costumbres, cuyo último objetivo es el conocimiento de las manifestaciones sociales públicas o privadas como medio de articular esquemas comprensivos de un mundo fragmentado y diverso. El historiador debía interesarse por la fiesta, los viajes, el deporte, los instrumentos y materiales de trabajo, la urbanidad o los estereotipos sociales. Y, como consecuencia de lo anterior, se potenció también la historia de las religiones o creencias religiosas³¹. En definitiva, como ya se ha hecho alusión, se multiplicaron los objetos de interés social y se escapó del encorsetamiento de la terminología marxista.

NUEVO IMPULSO A LA HISTORIA POLÍTICA

En España, siempre hubo historiadores dispuestos a batir el difícil campo de la Historia Política, denostada por la historiografía marxista hasta los años 90, como Javier Tusell, Hipólito de la Torre, Guillermo Gortázar, Octavio Ruiz, Julio Gil Pecharrmán... Pero la llamada "Nueva Historia Política" recibió un impulso notable con la caída del muro de Berlín, como ya se ha señalado. Entre 1989 y 1991 se produjo una evidente crisis de las ideologías imperantes, el fin de la Guerra Fría, revalorizándose la importancia de la lucha política en el discurso histórico. Todo ello supuso replantear la historia de los partidos, las elecciones, las personas -no los personajes-, los líderes y las bases sociales. Las ideologías políticas no morían ni eran secundarias en la vida de los seres humanos: formaban parte de la Historia Contemporánea. Y, desde un punto de vista metodológico, se replanteó la narratividad en la Historia Política, paralela al análisis. Se promovió el estudio no sólo de los grandes partidos, sino de los pequeños, el funcionamiento de las democracias, su dificultad para sobrevivir y la impronta de los totalitarismos del siglo XX. Apareció con fuerza una nueva manera de analizar la Historia Política de nuestro solar hispano: "la modernización de España" se contrapuso a términos como "lucha entre las dos Españas" o al análisis pesimista de la Contemporaneidad, heredada de un malestar y de una autocritica exacerbada. Resultaba, pues, necesario analizar el grado de modernización, su tempo, sus dificultades y sus avances, desembocando en una interpretación más realista y menos excepcional de nuestra evolución política, marcada por el hecho cainita de la guerra civil³². Se impulsó una nueva historia de las mentalidades políticas, con nuevos objetos de estudio:

31 José Manuel CUENCA TORIBIO, "La historiografía eclesiástica española contemporánea: balance provisional a finales de siglo (1976-2000)" en VV. AA., *La historia de la Iglesia en España y el mundo hispano*, Madrid: Ediciones Encuentro, 2001, p. 263-316.

32 También resultó necesario definir la Modernidad, generando un debate que llega hasta nuestros días, como se aprecia en Javier SÁENZ DEL CASTILLO, "Los orígenes del mundo contemporáneo: revisión del concepto historiográfico Crisis del Antiguo Régimen y caracterización de la Modernidad", *Aportes*, 71 (2009), p. 4-18.

- Las Ideas: La idea de Nación en la España liberal, la idea de Patria en la Guerra de la Independencia, la idea de Monarquía...
- Los Sentimientos: patrióticos, relacionados con la naturaleza, con la enfermedad, la compasión, el resentimiento histórico...
- Los Valores: cuya ausencia ayuda a explicar el colapso del comunismo y las posteriores dificultades de los países del Este. En aquellos años, algunos autores también denunciaron que la falta de valores amenazaba el mundo democrático-occidental, lo que tras la crisis mundial desatada en 2009 resulta de penosa actualidad.
- El análisis del recuerdo o de “la memoria”: la del terror, el fascismo, el estalinismo, el holocausto, la guerra civil y la represión en ambas Españas en liza. A mediados de la década de los años 90 empezó a gestarse el proyecto político-cultural conocido como Memoria Histórica, en el que han participado -y participan- numerosos profesores de Historia Contemporánea. Hugo García, docente en la Universidad Autónoma de Madrid, escribió en 2006 que el crecimiento de investigaciones sobre la represión franquista resultaba ser un hecho que debía “ponerse en relación con el clima sociopolítico de los años 1996-2004”³³. ¿Y cuál era éste? En 1996, la victoria de los populares había acabado con 14 años de gobierno socialista y, en 2000, el Partido Popular ganó las elecciones generales con mayoría absoluta, hecho histórico para un partido de centroderecha español. De nuevo los intereses políticos utilizaron a la Historia no para alcanzar la verdad y promover el conocimiento lo más exacto posible del pasado sino para ayudar a destrozar la imagen democrática del Partido Popular y mermarle votos. Si éste se negaba a apoyar los homenajes a las brigadas internacionales o las conclusiones de las investigaciones sobre la Memoria Histórica se le acusaría de franquismo desde la universidad, la prensa y los foros político-culturales afines³⁴.
- Los mitos políticos: la construcción contemporánea del antisemitismo, el proceso de creación de las mitologías históricas de los nacionalismos periféricos...

También, en este clima de renovación, se revisó el concepto “bloque de poder”. Desde un punto de vista marxista, se había analizado el bloque de poder posterior a la revolución liberal definiéndole como “oligarquía caciquil”, de

³³ Hugo GARCÍA, “La historiografía de la Guerra Civil en el nuevo siglo”, *Ayer*, 62 (2006), p. 285-305.

³⁴ Sobre la evolución de ese proyecto político-cultural me remito a las reflexiones de Manuel ÁLVAREZ TARDÍO, “Pactar un olvido colectivo o denunciarlo: el control público de la memoria histórica”, *Nueva Revista de Política, Cultura y Arte*, 85 (2003), p. 15-16; Ángel David MARTÍN RUBIO, “Los enredos de la memoria histórica”, *Razón Española*, 138 (2006), p. 101-113; Rafael IBÁÑEZ HERNÁNDEZ, “Memoria e Historia”, *Aportes*, 63 (2007), p. 4-10; Javier YUSTE, “Ante el proyecto de Ley de Memoria Histórica”, *Aportes*, 63 (2007), p. 11-19.

tal manera que el conflicto de ricos contra pobres había sido el único motor de la historia española. Ahora surgieron propuestas de revisión del concepto y actuación de la intervención política de los nuevos poderes socioeconómicos del siglo XIX y XX. ¿Cuál había sido el papel de la clase media? ¿La abstención electoral había sido real? ¿Las leyes electorales habían entorpecido la adecuada representación de las fuerzas políticas, viciando los sistemas? ¿Cuál había sido el papel del carlismo en la configuración del Estado liberal?³⁵ El concepto unitario del bloque de poder se rompió con el análisis de los poderes políticos a nivel local y comarcal, pues no siempre se podían catalogar de la misma manera a esos personajes, ni sus actuaciones ni culturas políticas.

Cercana a la renovación de la Historia Política se produjo también un inusitado interés por la Historia de las relaciones internacionales que, por una parte, superara la Historia diplomática del siglo XIX, caracterizada por el positivismo documental, el estudio de los pactos, alianzas y luchas diplomáticas entre las grandes potencias europeas y sus protagonistas. La experiencia de las dos guerras mundiales, el fracaso de la política pacifista en el periodo de entreguerras y la guerra fría impactaron en esta especialidad. Comenzaron a analizarse, junto a las fuentes propiamente diplomáticas, el papel de las mentalidades políticas, los factores sociales, las políticas económicas, la influencia de los medios de comunicación, el papel de los intelectuales, el influjo de grupos sociales y profesionales, los grandes organismos internacionales...³⁶. Y, dentro de este campo, comenzaron a surgir grupos de investigadores especializados en este campo que, igualmente, potenciaron la Historia de la Política Exterior de España. En 1991 se fundó la Comisión Española de Historia de las Relaciones Internacionales por iniciativa de un grupo de profesores universitarios para responder institucionalmente y desde el ámbito de la Historia, al creciente interés de la sociedad española por el mundo exterior a nuestras fronteras, y las grandes convulsiones que en él se estaban produciendo, así como por el proceso de inserción de la España democrática en la sociedad internacional³⁷.

35 El carlismo se convirtió, desde los años 90, en uno de los temas de la nueva Historia Política que centró la atención de historiadores, fundaciones, investigadores, etc., de diferentes corrientes historiográficas, como se aprecia en José Luis MARTÍNEZ SANZ, "Historiadores e historiografía sobre el carlismo: la difícil senda entre política y ciencia", *Aportes*, 49 (2002), p. 110-129.

36 Igualmente, también resultó un campo de interés creciente la influencia de los acontecimientos internacionales sobre la producción histórica. Ver, G. R. ESENWEIN, "La Guerra Fría y la Guerra Civil española. El impacto de la política en la historiografía", *Aportes*, 60 (2006), p. 130-142.

37 http://www.madrimasd.org/blogs/Historia_RRII/2011/11/16/130072. En el año 2001, por iniciativa del profesor Javier Paredes Alonso, asesor editorial de Ariel, se publicaban, bajo la dirección de Juan Carlos Pereira Castañares, dos manuales universitarios claves: *Historia de las Relaciones Internacionales Contemporáneas y Política Exterior de España*. Por primera vez, la universidad española contaba con sendos manuales de estudio de esta materia, pues hasta entonces se recomendaban sobre todo manuales franceses.

LA RECUPERACIÓN DE LA BIOGRAFÍA

¿Qué es la biografía? La historia de la vida de una persona y para escribirla se necesita recoger los datos y circunstancias que jalonaron esa vida: información del biografiado, de las personas que le circundaron o tuvieron relación con él o ella, y de cualquier material escrito, oral, fotográfico o firmado que aporte luz a su trayectoria vital. La biografía forma parte de la historiografía, ya que esta disciplina examina el conjunto de hechos protagonizados por hombres y mujeres en tiempos anteriores. La biografía apareció en la antigüedad grecorromana como un género de la historia y, desde entonces, se desarrollaron diferentes subgéneros: la “biografía histórica” o el relato encadenado lógicamente a partir de datos suficientemente probados y contrastados; el “ensayo biográfico” si son reflexiones libres razonablemente efectuadas; la “biografía novelada” si interviene la imaginación; la “nota lexicográfica” si expone brevemente los rasgos más significativos de su vida. La biografía puede limitarse a la exposición de obras o actuaciones decisivas realizadas por una persona o dar más importancia al tiempo en que vivió, relacionando las circunstancias históricas con las realizaciones materiales y espirituales del individuo determinado. Si la narración se fija en un aspecto de su vida, la biografía puede ser pública, privada, psicológica, política, intelectual, etc. En la autobiografía el ser humano relata su propia vida y la carga de subjetividad aumenta, pero resulta interesante y necesario para estudios biográficos posteriores. Desde el siglo XVIII, Inglaterra fue la cuna de la biografía moderna, basada en abundante información contrastada, que describía la vida privada y pública de un personaje, tratándole de conocer en toda su personalidad, incluso en aspectos íntimos. Su desarrollo fue exitoso, debido a la cultura protestante y su interés por desvelar la intimidad del corazón humano, además también fue importante la tradición empirista inglesa, interesada en la concreción y el individuo frente a la abstracción y las masas humanas. Criticada por la historiografía marxista en el siglo XX, la biografía se mantuvo gracias a la historiografía anglosajona, revitalizándola a partir de los años 70. En Francia, la Escuela de Annales empieza en esa década a revalorizar el individuo, sobre todo tras el fracaso de Mayo del 68 en París, planteándose nuevos interrogantes: ¿cuáles eran los intereses, anhelos y vicisitudes de los individuos en sus vidas particulares y cotidianas? Su apuesta por una revisión de la biografía fue confirmada por el éxito editorial de biografías como *Guillermo el Mariscal* de George Duby (1984) o *Pétain* de Marc Ferro (1987).

¿Cuáles fueron los rasgos de esa nueva biografía? Aunque no se trató de una mera vuelta al pasado, recogió características de la historiografía tradicional, como la narratividad, el interés por lo político, el acontecimiento y el ser humano. Pero, por otro lado, hubo claras novedades: Philippe Levillain reivindicó la biografía, en el libro colectivo *Pour une histoire politique*, al salir del mundo

propio del personaje, expresando las relaciones entre lo individual y lo colectivo, las conexiones entre el destino personal y las fuerzas circunstanciales. Algunos historiadores marxistas se adaptaron al cambio inevitable, afirmando que a través de la biografía se podían explicar mejor las estructuras históricas. En definitiva, trataron de hacer que la biografía se adaptara a un marco general. Eso sí, se argumentó la necesidad de apoyar las biografías en un acervo documental sólido, nuevo, exhaustivo y lo más contrastado posible con el fin de conseguir para la biografía la máxima credibilidad científica. En España, desde 1975, aumentó en la literatura la subjetividad y los relatos autobiográficos; asimismo, creció el número de autobiografías como consecuencia de la necesidad de muchas personas de explicar su actuación durante el quinquenio republicano, la guerra civil y el franquismo y, más adelante, durante la transición. Los libros sobre memorias, diarios o novelas solapadamente autobiográficas comenzaron a venderse en medio de la sorpresa de los historiadores profesionales, sobre todo aquellos formados en rígidos cánones marxistas, mientras en la Universidad de Navarra Javier Paredes Alonso defendía contracorriente, como tesis doctoral, una biografía de Pascual Madoz a finales de la citada década. Desde entonces este investigador procuró mantener la llama del género biográfico en tiempos historiográficamente revueltos.

El éxito de la novela histórica comenzó a surgir también entonces con esa mezcla de subjetividad y objetividad, las dos caras de la realidad que la posmodernidad ha fundido difuminando sus límites precisos. Se fueron creando sellos editoriales, colecciones e incluso premios de novela histórica. El público lector encontraba ahí las vicisitudes, sentimientos y pasiones de hombres “reales”, que interesaban al gran público en mucha mayor medida que la historia dedicada al análisis de estructuras sociales o una literatura de compleja introspección. La expansión de lo individual, del personaje y del acontecimiento queda patente sobre todo a través de los medios de comunicación de masas, en la prensa, radio y televisión.

En 1991, el profesor Antonio Morales Moya dio cuenta del definitivo resurgir de la biografía en España y en los países limítrofes debido a la demanda del público, las nuevas orientaciones historiográficas y la tendencia hacia la individualización. La biografía se relacionó con la “historia de las personas” –no la historia de los personajes– y resulta un camino diferente para conocer un periodo de la historia que las series estadísticas de precios proporcionadas por la historia económica. De esta manera, la biografía puede referirse a un hombre común –a la personalidad modal, “el hombre romántico”– o al hombre marginal, excepcional, héroe o víctima, modelo o precursor de nuevos tiempos. A veces su intención consiste en rehabilitar a un personaje antes denostado o, al contrario, derrumbar su fama; provocar escándalo y sensacionalismo, por medio de la revelación de sucesos escabrosos y ocultos de un ser humano pú-

blico, es también una forma de biografía que alcanzó éxitos de ventas. La línea de estudios en torno al individuo fue calificada como el retorno al sujeto y se localizó dentro de la posmodernidad, donde el análisis, la comprensión y explicación de lo individual fue una muestra paradigmática de la pluralidad y la complejidad del mundo competitivo e individualista, de una sociedad que no creía en una certeza absoluta, en que la realidad no se podía comprender sino fragmentariamente³⁸. Docente en la Universidad de Alcalá, Javier Paredes Alonso, como asesor editorial de Ariel, impulsó en esa década una colección de biografías históricas en la conocida empresa barcelonesa, realizadas por historiadores consolidados, entre las que destacaron su propia obra *Félix Huarte* (1996), *Cánovas del Castillo* (1998) e *Isabel II* (1999) de José Luis Comellas, *Alcalá Zamora* (2002) de José Peña, *Martínez de la Rosa* (2004) de Pedro Pérez de la Blanca, *José Calvo Sotelo* (2004) de Alfonso Bullón, *Cabrera* (2006) de Javier Urcelay, *Alfonso XII* (2007) de Carlos Seco, entre otras muchas.

Como consecuencia del impulso de la biografía, se potenció la prosopografía, es decir, el estudio colectivo de la vida de un grupo de personajes históricos. Algunos historiadores pretendieron realizar no una biografía de un personaje, sino el estudio de un conjunto de personajes significativamente importantes y decisivos en un periodo de la historia. Predominaron, en este sentido, los estudios sobre la élites rectoras: los políticos, los partidos de notables, las diferentes burguesías, la nobleza y su adaptación al liberalismo, los gobernantes (ministros y presidentes), las élites locales y provinciales, los intelectuales de renombre e influencia, los científicos punteros, los artistas innovadores. En definitiva, tanto elites sociales, económicas y políticas de los siglos XIX y XX de algunas regiones como de la nación. Se publicaron diccionarios de parlamentarios castellanos, leoneses, vascos, diputados forales de Navarra... logrando que, a partir de estas aportaciones, se realizaran estudios sobre sociología del poder, la importancia de las redes familiares y los intereses económicos. Entre los proyectos más ambiciosos destacó el logro de un *Diccionario Biográfico Español* impulsado por la Real Academia de la Historia. El 21 de julio de 1999 la

38 En la enseñanza de la historia, a nivel primario y secundario, comenzó a tomarse conciencia de la conveniencia de incidir en la biografía y lo individual como medio de que el alumno sintiera más motivación e implicación hacia la historia, viéndola como algo más concreto y próximo, y le sea más fácil de entender y comprender. Fue comprobada la dificultad del alumno para entender los procesos y estructuras abstractas que se enseñaban en los años 70 y 80, por lo que se realizaron esfuerzos para que captase lo histórico a través del conocimiento de su propia historia, partiendo de su propio relato autobiográfico y el de sus padres, abuelos y personas de su entorno. De esa manera podían relacionar acontecimientos del siglo XX con su propia realidad e historia de los hechos pasados, entendiendo mejor la historia como suma de acontecimientos, de pequeñas historias, comprobando que su historia personal y familiar tenía puntos en común con la que estudiaban en los libros. Ver el artículo de Héctor GARCÍA BALLESTEROS, "La biografía como medio didáctico para la enseñanza de la Historia", en el número monográfico dedicado a "La biografía como género histórico", *Historia Abierta*, 34 (2004), p. XII-XIV.

citada institución firmó un convenio con el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte con objeto de formar el diccionario, en un plazo de ocho años. El proyecto estuvo patrocinado por el rey Juan Carlos I y, para fijar los criterios de colaboración de las academias iberoamericanas de la Historia, en los días 8 y 9 de junio del año 2000 se celebraron en Madrid las *Jornadas del Diccionario biográfico*. Participaron los presidentes y directores de las distintas academias, españolas e iberoamericanas, y todos los colaboradores académicos, numerarios y correspondientes. El **Diccionario** -publicado entre 2009 y 2013- cuenta con unas 40.000 biografías de personajes destacados en todos los ámbitos del desarrollo humano y en todas las épocas de la historia hispana, desde la antigüedad más remota en que se tiene constancia de personajes hasta la actualidad, comprendiendo los territorios de ultramar y los transpirenaicos que formaron lo que suele denominarse Monarquía Hispánica. Una formidable obra formada por 25 volúmenes en la que han participado numerosos historiadores³⁹.

CONCLUSIÓN: LA POSMODERNIDAD A FINALES DEL SIGLO XX

A caballo entre un siglo que finalizaba y otro que amanecía, el panorama historiográfico se caracterizó por un extraordinario desarrollo en trabajos, direcciones temáticas y metodologías asociadas, con dificultades de comunicación entre sí: lo cual fue tildado como “mitosis historiográfica”. Sus causas eran la búsqueda de explicaciones lo más globales posibles; una continuada pretensión de realizar una historia total; y la influencia de la crisis de la modernidad en las sociedades posindustriales, generando una conciencia posmoderna. Si alguien se preguntó ¿qué era lo posmoderno? la respuesta no resultaba sencilla; para Ernest Gellner no estaba nada claro. Lo posmoderno se aplicó a todas las ramas de las ciencias sociales y humanas, existiendo no obstante, un rasgo común: una reflexión estética o formal sobre la realidad circundante. Se había producido el fin de la modernidad y de todas sus bases políticas, filosóficas y estéticas⁴⁰.

¿Cómo afectaron estas ideas a la historiografía? Fue un torpedo que alcanzó su línea de flotación al señalar la imposibilidad de conocimiento del pasado mediante el análisis documental, pues éste estaba inexorablemente viciado. El objeto de la historiografía debía ser la interpretación, no la explicación, de la realidad objetiva. En vez de causas y consecuencia de un hecho, lo que había que investigar era el discurso emanado de esos acontecimientos, de la realidad social entendida como mera representación. Por su parte, la

³⁹ <http://www.rah.es/diccBiografico2.htm>

⁴⁰ Enrique del RÍO, *Modernidad, posmodernidad*, Madrid: Talasa, 1997; Ernest GELLNER, *Posmodernismo, razón y religión*, Barcelona: Paidós, 1992; Anthony GIDDENS, *Las consecuencias de la modernidad*, Madrid: Alianza, 1993; Antonio MORALES MOYA, “Historia y postmodernidad”, *Ayer*, 6, (1992), p. 15-38.

posmodernidad dejó de ser interpretativa para remitirse a realidades y resultó susceptible de ser analizada como cualquier otro periodo histórico. ¿Es la posmodernidad una etapa de crisis, la culminación de la modernidad, el anuncio de algo nuevo?

El historiador contemporaneísta José Andrés Gallego publicó *Recreación del Humanismo desde la Historia* en 1994, para responder a esta crisis de la cultura occidental, sobre todo de la fragmentación de los saberes humanísticos y, dentro de los mismos, del saber histórico⁴¹. Estudió en sus páginas sus principales manifestaciones como la burocratización de la profesión de historiador, la dispersión temática, el impacto de la filosofía del lenguaje... aconsejando la explicitación de la propia concepción antropológica como punto de partida para un quehacer que fuera humanista, confiando en la eficacia de la coherencia y en su capacidad dialéctica. Pero, a su entender, no se podría alcanzar una solución mientras los historiadores no intentasen elaborar una historia universal que contara con todas esas novedades temática, por lo que el reto del siglo XXI sería la realización de una nueva síntesis del saber. Dos años más tarde, Ignacio Olábarrí, investigador de la Universidad de Navarra, analizaba en unos cursos de verano los efectos de la interdisciplinariedad y la crisis de los modelos historiográficos ligados al triunfo de una utopía, la comunista, que había sido derrumbada en Europa del Este⁴². Gonzalo Redondo, en sus libros, seguía defendiendo a la persona como sujeto y agente de la Historia⁴³.

Quizá también como reacción frente a esa situación se potenció la historia cultural, que no se constreñía a algunos terrenos especializados como el arte, la literatura y la música. Para algunos historiadores como Peter Burke, la historia cultural había sido la Historia Total desde la misma década de los años 80. Un historiador de la cultura debía realizar un retrato de una época revelando las conexiones entre distintos ámbitos como la política, la vida social y las artes. Esta corriente tuvo éxito sobre todo al producirse la crítica al modelo de Historia como Ciencia Social basada en la cuantificación. La historia cultural se definía por su interdisciplinariedad y las aportaciones de la lingüística, la antropología, la literatura, la sociología...⁴⁴ Una cultura se

41 José ANDRÉS-GALLEGO, *Recreación del humanismo desde la Historia*, Madrid: Actas, 1994.

42 Ignacio OLÁBARRI y Francisco Javier CASPISTEGUI (dirs.), *La nueva historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid: Universidad Complutense, 1996. Igualmente interesante es la reflexión de José SÁNCHEZ JIMÉNEZ, *Para comprender la historia*, Pamplona: Verbo Divino, 1995.

43 José Luis ORELLA, "El concepto de Historia en la comunicación historiográfica", *Aportes*, 82 (2013), p. 176.

44 Peter BURKE (ed.), *Formas de hacer historia*, Madrid: Alianza, 1993; Peter BURKE y otros, *En la encrucijada de la Ciencia Histórica hoy. El auge de la historia cultural, VI Conversaciones Internacionales de Historia*, Pamplona: Eunsa, 1998. Una reflexión sugerente sobre el atribulado panorama de sujetos y objetos históricos ante los que se encuentra el joven investigador a caballo entre dos siglos es la obra

explica a sí misma su pasado, es decir, los españoles se han ido haciendo a sí mismos mientras avanzan en el tiempo, van creando su concepto de nación, se van definiendo como españoles... También frente a este concepto surgió la crítica marxista, que impulsó una historia cultural alternativa que enfatizó la diversidad cultural y el conflicto cultural, que asoció a las clases sociales. Un determinado pintor o escritor podía reflejar en sus obras el pensamiento y la visión del mundo de la burguesía, mientras otros el de la aristocracia y otros el del mundo obrero. Sin embargo, pronto se subrayó el hecho de la existencia de culturas no asociadas a clases sociales. Algunos historiadores propusieron el término “subcultura” frente a la cultura dominante, entendida como una cultura parcialmente autónoma dentro de un ámbito más amplio. O el de “contracultura”, una subcultura que se definía a sí misma en contraste y en conflicto con una cultura mayor que la rodeaba. El problema de estas aproximaciones históricas fue el de la creciente fragmentación que originaron: cultura catalana respecto a la española, el tortosino frente al catalán, Gerona frente a Barcelona, hombres frente a mujeres, mujeres casadas y solteras, por edades, por nivel económico, seglares y monjas...

En definitiva, la historia de la cultura conducía a la fragmentación. ¿Qué debía hacerse? ¿Aprender a vivir con la fragmentación o es posible una nueva síntesis? Los estudios históricos a fines del siglo XX pusieron el acento en los malentendidos, los mediadores y la multiplicidad de puntos de vista. Pero, al mismo tiempo, la historia cultural intentaba conducir a la integración, entendida como voluntad de unificación en un solo relato de todas las historias de la literatura, el arte, el pensamiento, la ciencia... en la historia cultural integrada. Para Burke, la historia cultural europea podía estudiarse como un proceso de interacción entre diferentes subculturas: entre el Norte y el Sur, el Este y el Oeste, los hombres y las mujeres, la ciudad y el campo, los católicos y los protestantes. La multiplicidad de puntos de vista compone una cultura, así como las diferencias y las semejanzas respecto a otras. Burke, tras muchos años de estudios, en 1997 planteó la necesidad de transitar de estudiar la historia de la cultura a la “historia de las culturas” y de historias en plural, reconociendo la realidad diversa a nivel mundial.

¿Y los intereses políticos? ¿Se puede llegar a obviar la utilización que realiza de la Historia? Seguramente no, pero, con una mayor educación y sentido crítico, los españoles pueden distinguir perfectamente si esa utilización tiene como objetivo construir o destruir, unir o separar, superar problemas o fomentar enfrentamientos cainitas. Todavía en 2014, el historiador italiano Gabriele Ranzato denunciaba el maniqueísmo de ciertos historiadores españoles que

de José Manuel CUENCA TORIBIO, *Cartas a un joven historiador. Estudios historiográficos*, Madrid: Ediciones Encuentro, 2005.

impedían un auténtico debate sobre la crisis española de los años 30 del siglo XX, tildando como “neofranquistas” a todos los revisionistas, lo que no ocurría en otras naciones europeas⁴⁵. Por ello, se puede -y se debe- llegar a saber separar el aporte científico de los historiadores del dogma de otros tantos: el primero tiene un nivel de humildad que jamás tendrá el pensamiento dogmático, el cual se encuentra influenciado por las ofuscaciones de la mente, el poder abrasador de las convicciones heredadas y la falta de modestia.

45 Gabriele RANZATO, “¿Es posible un auténtico debate historiográfico sobre la historia de la Segunda República y de la Guerra Civil”, *Historia del Presente*, 22 (2013), p.170-171.